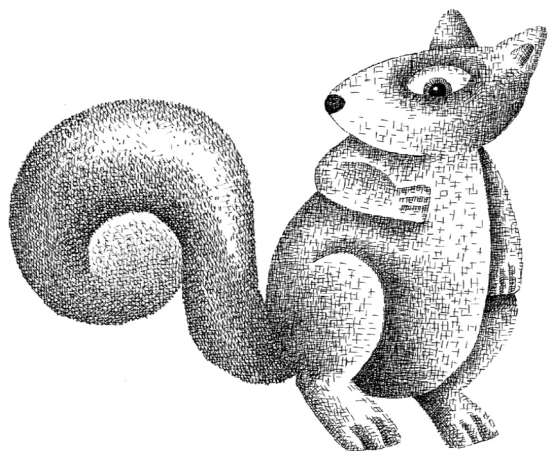


Ardilla



Si uno estuviera muy cerca, o más bien, si uno pudiera corretear a su lado y al mismo tiempo escuchar con atención, alcanzaría a percibir la musiquilla que acompaña sus saltos elásticos.

Que cada uno de los movimientos de la ardilla sea una nota alegre en el bosque no es ca-

sualidad: es un don que conserva del tiempo mágico en que era una de tantas hadas que pueblan la espesura. Una hadilla rebelde que no quería cumplirle deseos a nadie. Se aburría con la plática de las mariposas y no le encontraba la gracia a revolotear de aquí para allá averiguando si las petunias habían florecido o si el sauce gozaba de buena salud.

Deseaba jugar todo el día, gastarle bromas pesadas a quien se dejara; hacer travesuras, como los duendes, sin que nadie la regañara.

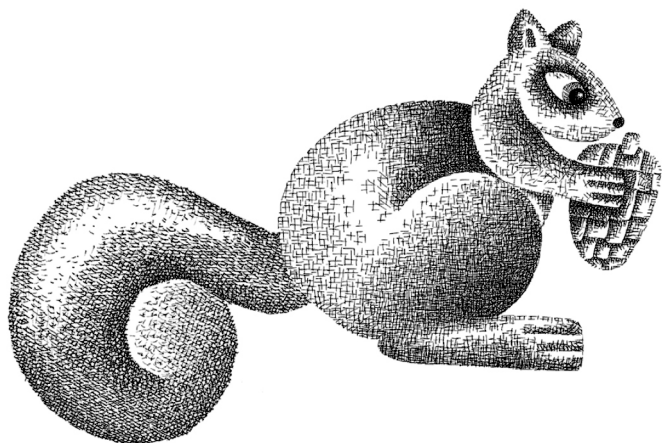
Por eso inventó el disfraz de ardilla: un traje cómodo, de una sola pieza, encantador y flexible. Con él puede saltar de rama en rama, hacerla de equilibrista en los cables de luz, acercarse a la gente sin que le pidan favores. El único inconveniente es que la cremallera le provoca cosquillas; cuando eso sucede (y le pasa muy a menudo), la risa le sacude la punta de la cola.

Vestida de ardilla no le da pena hacer trampa ni andar de curiosa: todo quiere saber, nada se le puede escapar. Nunca le hace el feo a un rega-

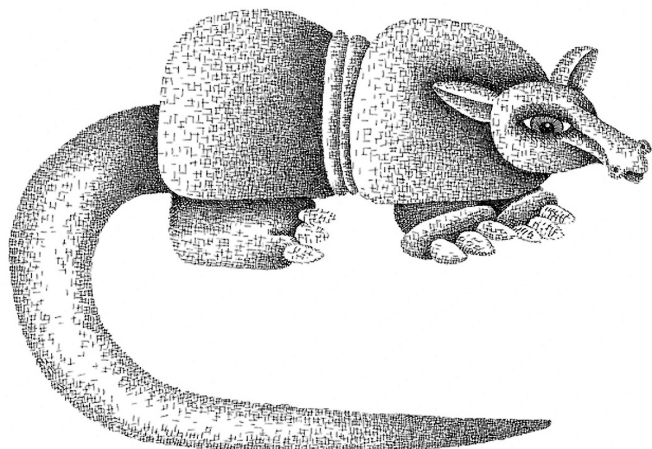
lo, por más inútil o raro que sea, aunque acabe por esconderlo en algún agujero.

La ardilla no se alimenta de fruta, pan, cacahuates ni cosa por el estilo. Como buena hada, sigue nutriéndose de esa mielecita que destila el corazón de los humanos cuando la ven.

De vez en cuando todavía se entera de los deseos de la gente, pero se reserva la decisión de cumplirlos; algunos los vuelve realidad, otros no, según el humor de que ande.



Armadillo



Conoce la comezón, pero no las cosquillas. Todo lo que le pide a la vida es una caricia, pero su infortunio es no ser amable al tacto.

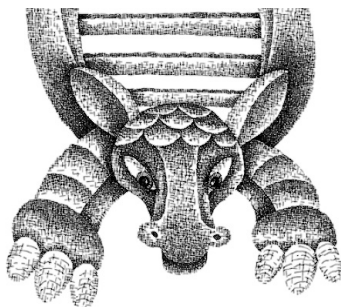
El armadillo es un tipo duro de corazón blandido. Se imagina que conseguiría lo que quiere si alguna gracia tuviera, pero no puede hacerse el muertito o rodar, dar la pata ni pararse en

dos patas como los perros. A los gatos les envidia la habilidad de arquear el lomo peludo.

Montículo de arcilla, recorre las planicies resacas buscando quién le sobe el lomito, aunque sea con una caricia breve, como las que se dan, por ejemplo, al tocar al hermanito recién nacido.

Dice la leyenda que el armadillo tiene ese aspecto tan raro porque un día quiso estrenar vestido antes de que saliera el sol. Afanoso, se puso a trabajar con varas, hierbas, fibras y estambres en un gran telar. El diseño que eligió era muy complicado y al amanecer, por más que se apuró, con aquel extraño tejido de palos y fibras parecía llevar una escalera en la espalda.

Así vestido, lo más que ha logrado es que los humanos le acepten su caparazón como guitarra.



Pero de contacto directo, nada, y eso que en cuanto siente que alguien lo mira se echa en el suelo a esperar; cierra los ojos y su corazón de barro húmedo late con fuerza dentro de su caja de resonancia. Y ahí se queda el armadillo, soñando y haciendo tac-tac.

Pero nadie lo quiere abrazar.

A veces, si se concentra, logra hacer brotar de su caparazón unas cuantas cerdas durísimas que a él le parecen pelos. Es entonces cuando más contento se siente y crece su esperanza de volverse suave y sedoso algún día.